

La “paradoja latinoamericana”

Democracia, desigualdad y riqueza en América Latina

Hans-Jürgen Burchardt

■ DOI: 10.54871/ca25nd07

Las sociedades latinoamericanas se caracterizan por tener las mayores tasas de desigualdad en el mundo. Y esta desigualdad se acentuó fuertemente con el inicio de la pandemia del COVID-19: Según la CEPAL en 2021 una tercera parte en la población latinoamericana vivió nuevamente en situación de pobreza (CEPAL, 2022). Al otro lado se documenta que con la pandemia la riqueza del uno por ciento más rico se aumentó y concentró significativamente: El World Inequality Database enseña que hoy en día América Latina tiene los niveles más altos de desigualdad y concentración de riqueza (activos financieros y no financieros) que cualquier región del mundo: el 1 % más rico de los hogares latinoamericanos posee alrededor del 46 % de la riqueza. Esto supera la media mundial, que es del 38 %, así como las cifras de otras regiones del mundo, como la Unión Europea (24 %), Asia (36 %) o África Subsahariana (37 %). En este contexto, la CEPAL proyectó para los últimos años incrementos del índice de desigualdad según países entre un 1,0 % y hasta un 8,0 % (CEPAL, 2019a, 2020, 2022).

Esta desigualdad extrema no solo se manifiesta en términos de ingreso y patrimonio, sino que también se refleja en un dispar acceso a la tierra y a bienes públicos esenciales como la educación, la salud o la seguridad social. Dentro de este marco, las mujeres, los niños, los ancianos y los integrantes de determinados grupos étnicos y afrodescendientes resultan particularmente desfavorecidos (CEPAL, 2022). En América Latina esta desigualdad constituye un tema estructural: el acceso a las posiciones y los bienes sociales disponibles o deseables ofrece limitaciones de carácter permanente, que atraviesan las generaciones y se han consolidado hasta la actualidad con un nivel superior al promedio internacional (Acevedo y Boullon, 2010; Burchardt y Leinius, 2022). La persistencia de estas desigualdades sociales extremas es llamativa, sobre todo porque a lo largo de su cambiante historia la región aplicó distintos modelos de desarrollo económico, vivió diferentes experiencias democráticas y, por momentos, también elaboró instancias asociadas a un régimen de bienestar. La situación histórica y actual supone una dura prueba para la política y las ciencias sociales, ya que contradice importantes argumentos esgrimidos por los estudios de esos campos sobre la base del contexto europeo y norteamericano: desde la teoría, se suele afirmar que la intervención en los procesos de decisión política va acompañada a largo plazo de una mejora en las posibilidades de participación social (Lindert, 2004). Muchas veces esto se interpreta como una promesa de la democracia: si el mercado genera desigualdad a través de su eficiencia económica, la democracia crea igualdad política y jurídica y, en definitiva, justicia social (Clásico: Marshall, 1977). La “paradoja latinoamericana” (Burchardt, 2010) caracterizada por la tenaz convergencia entre democracia y alta desigualdad social incluso en etapas de regímenes democráticos y prosperidad económica, es atribuida hasta hoy por muchos analistas, sobre todo desde las corrientes institucionalistas, a los déficits y “defectos” políticos e institucionales, así como a la insuficiente dotación de recursos destinados al estado de

bienestar y a sistemas tributarias ineficientes y regresivas (Atria et al., 2018; Flores-Macías, 2019).

La desigualdad, la pobreza, la riqueza y el sistema electoral parecen configurar una singular constelación de poderes en el que, en lugar de promover la participación social, la democracia liberal legitima la desigualdad y la excesiva concentración de riqueza y es legitimada por ella. Si se tiene en cuenta este aspecto, la desigualdad social ya no es solo un déficit de la democracia, la estructura institucional, los regímenes tributarios y el estado de bienestar, sino que al mismo tiempo representa una expresión institucionalizada y —a juzgar por su persistencia— muy exitosa de dominación política.

Cabe preguntar cómo hacen las élites económicas y los sectores de la política para perpetuar o incluso fomentar la desigualdad social, a pesar de la aparente presión redistributiva ejercida y las movilizaciones contra la desigualdad (recientes como en Chile o Colombia) en el marco democrático. Esta perspectiva analítica exige conocer profundamente el contexto específico y buscar una apertura empírica adecuada para poder percibir la lógica propia de cada país y de una región con características históricas y coloniales en común, más allá de las comparaciones con la OCDE u otras experiencias del norte global. Es necesario realizar un *análisis social descentralizado y contextualizado*, con categorías e indicadores que sean capaces de superar la visión eurocéntrica, pero que, al mismo tiempo, permitan establecer mediciones empíricas precisas y comparaciones sistemáticas. Recurriendo al enfoque figuracional de Norbert Elias, el siguiente aporte intenta desarrollar una herramienta metodológica para dicha perspectiva analítica descentralizada. Con ello se quieren lograr dos objetivos: Analizar y entender mejor la “paradoja latinoamericana” y proponer nuevas ideas metodológicas para acercarse a las élites económicas, sus articulaciones, sus rasgos y sus dinámicas.

El enfoque de un análisis social descentralizado y contextualizado

Hasta hoy, el análisis del mainstream de las ciencias sociales se basa mayormente en dos relatos: por un lado, está la comprensión eurocéntrica del desarrollo como proceso evolutivo lineal, que apunta a alcanzar un objetivo abstracto, proyectado en el futuro y medido en función de las experiencias europeas. En definitiva, convergen allí la prosperidad económica, el desarrollo de una democracia liberal y el equilibrio del estado de bienestar social enmarcado en la época moderna de Europa y los Estados Unidos. Este universalismo de “one multiple repeated history” (Taylor, 1999) ha recibido numerosas críticas (Escorbar, 1995; Mignolo, 2011); pero esas mismas críticas muchas veces ofrecen un escaso sustento empírico, tienden a ser poco comparables e inexactas desde el punto de vista metodológico (Leinius, 2022; Santos, 2010). Estrechamente vinculado a esta idea de progreso se encuentra el segundo relato, androcéntrico y liberal, que concibe al individuo como a un maximizador racional de los beneficios y la libertad, cuya presencia es fundamental para las instituciones y el desarrollo de la sociedad (clásico: Weber, 2013).

A partir de Platón la mirada de la acción humana oscilaba entre la pasión —inconstante y frecuentemente desmesurada— y la razón —muchas veces ineficaz—. Pero desde fines del siglo XVI pudieron observarse —por primera vez esbozado por René Descartes, que estiliza el control racional como una virtud a interiorizar y, posteriormente, por Adam Smith que hace descriptible y medible este control a través de la categoría del interés individual (económico)— dos nuevas tendencias: la revalorización del “control racional” como una virtud que debe internalizarse y el desarrollo de la categoría correspondiente al interés individual. La razón estaba llamada a apaciguar y transformar las fuerzas destructivas y beligerantes de la pasión. Así fue como la filosofía europea del estado relegó lentamente las pasiones de la codicia (por el poder), la

avaricia, el afán de lucro, las apetencias sexuales y de otros tipos como momentos de desarrollo social determinantes de la acción y, en cambio, legitimó las instancias del interés. Estas nuevas normas de comportamiento prometían la previsibilidad, es decir, el dominio del carácter imprevisible propio del ser humano. Las pasiones desenfrenadas se convirtieron en intereses restringidos, que sopean de manera cada vez más estratégica una acción y le otorgan al mismo tiempo la posibilidad de ser evaluada (Hirschman, 1977).

Desde entonces, la cuestión de la acción afectiva se desplaza al plano microanalítico o se considera un elemento situado en las antípodas de la razón, como algo imprevisible o irracional (Flam y Kleres, 2015). Sin embargo, para comprender este segundo relato de la modernidad, es necesario realizar un abordaje exhaustivo de lo emocional. No se trata de elaborar una crítica fundamental del individualismo, sino únicamente de reintegrar las dimensiones afectivas al análisis de los motivos determinantes de los actos y los procesos sociales; porque las emociones no se pueden escindir por completo del discernimiento cognitivo y porque los rituales (colectivos) efectuados por las personas no son totalmente irreflexivos ni inconscientes.¹

Tampoco se debe suponer que las acciones llevadas a cabo por los sujetos de determinadas partes del mundo revisten un carácter más emocional que en otros lugares. De hecho, es importante

¹ Para ser más claro: no sugiero que las acciones de los sujetos de los países del Sur global o en América Latina estén más fuertemente moldeadas por el colectivo o por el afecto. Más bien, se supone que las diferentes trayectorias de desarrollo —como la de Occidente— han conducido a diferentes equilibrios entre la racionalidad y el afecto y entre lo individual y lo colectivo. Asimismo, es importante señalar que las prácticas culturales de cualquier parte del mundo no pueden considerarse superiores a las de otros lugares. La noción de superioridad debe cuestionarse, ya que ha servido para justificar la discriminación y la dominación de unas sociedades sobre otras a lo largo de la historia. Pero un examen de las relaciones y entrelazamientos específicos de la acción afectiva y el colectivo social facilitaría entonces un análisis descentrado y específico del contexto sin tener que definir a todos los sujetos por el equilibrio específico occidental racionalidad-afecto. En el centro de la observación estarían entonces las relaciones y entrelazamientos respectivos, más que el individuo o el afecto per se.

cuestionar esta idea, ya que ha servido como justificación de discriminación y dominación de grupos humanos sobre otros a lo largo de la historia. Lo que se señala es que cada persona, en diversa medida, tiende a identificarse y a organizarse en los colectivos sociales, orienta su acción hacia ellos y se guía por aspectos afectivos. Por lo tanto, desde esta perspectiva revisada, se propone observar de manera complementaria las interrelaciones entre la dimensión racional y emocional que se producen entre el ser humano y su entorno social, con las formas visibles y existentes de articulación mutua: los actos no deben ser analizados solo a través del concepto liberal del individualismo, sino que al mismo tiempo deben ser considerados como un modo de búsqueda de la identidad —también emocional— dentro del terreno colectivo.

La tarea conlleva una gran dificultad: es necesario definir con precisión la proporción entre el comportamiento racional / emocional e individual / colectivo, así como los factores de esta combinación que terminan determinando la acción social. El sociólogo alemán Norbert Elias, cuyo enfoque figuracional se abre explícitamente a formas que trascienden las naciones industrializadas, ofrece interesantes propuestas para elaborar una estructura metodológica más allá del análisis orientado según la teoría de la modernización. Su visión presenta al desarrollo social como “modelos en espacio y tiempo” (Elias, 2012. p.162); es por ello que el registro empírico y la consideración de los contextos locales resultan esenciales. Elias está convencido de que no existe el *homo clausus* universal, es decir, el individuo situado fuera de la sociedad y reducible a un núcleo o deseo propio.² Los seres humanos solo pueden ser pensados entonces en plural, ya que están vinculados mediante interdependencias transgeneracionales, que reciben la influencia de las personas y, a su vez, influyen en sus emociones, pensamientos y

² Elias, que según él apreciaba mucho la obra de Weber en muchos aspectos, era consciente del concepto reduccionista de sujeto de Weber, que probablemente inspiró sus propias reflexiones (Goudsblom, 2003).

acciones. Las interrelaciones sociales entre estructuras y acciones (racionales y afectivas) deben ilustrarse siempre sobre la base de un ejemplo concreto, en lugar de apoyarse en una explicación universal. De este modo, en última instancia, Elias trasciende tanto el concepto clásico de individuo como la comprensión subordinada de lo emocional.³

Para poder identificar y describir lo singular y lo colectivo desde un punto de vista relacional, Elias elabora el concepto de la sociedad en figuraciones, donde múltiples individuos conviven de diversas maneras y en numerosos entrelazamientos, a través de diferentes y delicados equilibrios de poder. Dentro de este marco, el poder no es la descripción de un estado, sino que se explica como atributo relacional de las fluctuaciones.⁴ Con el análisis de estos equilibrios de poder, Elias tiene en cuenta la dinámica de espacios del orden social y sus formas de legitimación, y ubica siempre en el centro al poder y al posicionamiento social como formulación de la razón y la emoción (Elias, 1994). Por lo tanto, para él también es relevante la perpetuación de la exclusión interna, un componente clave en América Latina.

³ Elias describe esta concepción metafóricamente como un baile de grupo, por ejemplo, un tango, en el que la música, el emparejamiento y los pasos de baile están en principio prescritos. Así pues, la figuración del baile es relativamente independiente del individuo; sin embargo, sin una pluralidad de personas relacionadas recíprocamente no habría baile. Aunque el individuo no es determinante, la danza no puede ejecutarse sin el grupo. Las acciones de todos los bailarines son interdependientes y se mueven dentro de una estructura de tensión impregnada de poder, cuyo cambio también puede modificar la figuración.

⁴ Esta concepción relacional del poder presenta una doble ventaja para la investigación sobre el desarrollo: por un lado, evita *per se* el reduccionismo ciego al poder, que todavía hoy se practica a menudo con un sesgo técnico y orientado al control, así como la estrechez economicista o funcionalista de los enfoques sensibles al poder. Por otro lado, no limita la definición de poder a la noción, aún muy extendida e influida por Weber, de poder como afirmación unilateral de la voluntad de una persona en una relación social, es decir, el ejercicio de influencia (poder sobre), una interpretación del poder que simplifica indebidamente el análisis contextual de las complejas relaciones de poder.

Con este enfoque, Elias contextualiza y descentraliza radicalmente los dos relatos de la narrativa occidental: En primer lugar, considera que las estructuras de la sociedad surgen de actos volitivos, planes y pasiones imprevisibles e incalculables de muchas personas; por lo tanto, bajo los patrones y esquemas visibles, subyacen procesos íntegros contingentes, que no son lineales y no pueden ser controlados. En segundo término, la razón y la emoción no se conciben como antípodas, sino como una relación complementaria. En otras palabras, desde la perspectiva de Norbert Elias, ni las estructuras o dinámicas universales dominan lo particular ni lo universal se ve determinado de manera esencial por la propia identidad, cultura o etnia. Lo que adquiere mayor relevancia es la interdependencia entre estos polos, expresada a través de diferentes formas de cambio social. Y para someter dicha interdependencia a observaciones empíricas, es necesario incorporar la dimensión emocional al análisis.

Análisis figuracional en el caso latinoamericano

Para sondear las características entre lo individual y lo colectivo en el respectivo contexto y facilitar el acceso a una medición empírica, Elias desarrolló tres categorías principales. La primera de ellas está compuesta por las *valencias afectivas*, es decir, el grado de influencia emocional que se registra en la interdependencia social de las personas. La calidad y la cantidad de esas interdependencias se ven determinadas por los diferenciales y los equilibrios de poder, expresados a través de las categorías *integración* y *diferenciación*. La integración es la función de supervivencia de un grupo dirigida a disminuir la violencia física, que desemboca en estructuras / organizaciones sociales y finalmente en el monopolio estatal. Por su parte, la diferenciación y sobre todo la división del trabajo profundizan y extienden las cadenas de interdependencia (Elias, 2012). Con esta combinación de categorías psicogenéticas y

sociogenéticas, Elias se aproxima empíricamente a la transformación de las estructuras sociales y personales dentro de un proceso específico.

Esto puede ilustrarse a través del ejemplo de una sociedad latinoamericana. Desde la independencia de la corona española la región es dueña de su destino. Por cierto, en unos cuantos casos las condiciones iniciales no eran demasiado distintas a las de algunos países europeos. Sin embargo, a pesar de sus numerosas diferencias internas, todo el subcontinente presenta hasta hoy en día la particularidad de la “paradoja latinoamericana”, es decir una tenaz convergencia entre democracia y alta desigualdad social incluso en etapas de regímenes democráticos y prosperidad económica —la última expresión de esto fue la primera bonanza de materias primas al inicio de este siglo—.

Argentina constituye un caso emblemático: a partir de 1880 su economía mostró un fuerte crecimiento, que se sostuvo casi sin interrupciones; a comienzos del siglo XX, el país ya ostentaba el mismo ingreso per cápita que Alemania. Esta fase de gran expansión se mantuvo durante medio siglo, de manera tal que en 1940 el economista Colin Clark (1940) llegó a pronosticar que a más tardar en treinta años Argentina sería una de las cuatro naciones del mundo con mayor ingreso por habitante. Sin embargo, poco después, el país se vio envuelto en graves conflictos sociopolíticos y sufrió una marcada caída económica. La inestabilidad, la pobreza y la profunda desigualdad se convirtieron en características centrales de la sociedad, favorecidas por el autoritarismo político y un “péndulo cívico-militar” que solo se desactivó tras la última y brutal dictadura (1976-1983). No obstante, el advenimiento de la democracia estuvo lejos de significar el fin de las crisis sociales y económicas, que reaparecieron regularmente después de breves períodos de prosperidad y provocaron frecuentes virajes políticos, como podemos observar hasta hoy en día.

Indudablemente este fenómeno no solo se debe a las consabidas deficiencias estructurales (como una reforma agraria tardía) o

institucionales (como el hiperpresidencialismo o el débil Estado de derecho). El estancamiento argentino hay que atribuirlo también al modo de pensar de las elites económicas, los grupos dominantes y la sociedad. Sus rasgos, que resultan muy marcados y determinantes a la hora de debatir vías alternativas de desarrollo, se pueden identificar por los siguientes factores: 1) una identidad (nacional) dividida frente al propio país, como consecuencia de la inmigración europea; 2) una visión del Estado como botín para los intereses particulares, que se extiende hasta hoy e involucra a los actores principales (desde movimientos sociales y sindicales hasta empresarios y militares); 3) un individualismo enorme (asociado al ideal de la libertad personal irrestricta, ya mencionado por Max Weber como motivación de los migrantes),⁵ reflejado además en la escasa disposición a buscar soluciones consensuadas a los conflictos. Algunos autores incluso creen que los grupos económicos dominantes en Argentina promovieron en algunas fases intencionalmente la constante inestabilidad política y económica para fortalecer sus posiciones de privilegio (Sábato, 1988), y 4) la falta de proyectos integrales de desarrollo sobre todo más allá de la exportación de materia prima. Esta explicación sociopsicológica se presenta aquí como una tentativa experimental, que tanto en el plano teórico como empírico debe ser fundamentada, sistematizada y sometida a una reflexión crítica. Más allá de esto, la estructura analítica mencionada también puede servir como propuesta para aproximarse desde el enfoque figuracional de Elias al caso de Argentina, al análisis de la “paradoja latinoamericana” y al estudio de la riqueza.

El surgimiento de la nación argentina se basó, por un lado, en un masivo flujo de recursos desde el exterior por la exportación sobre todo de productos del agro, que significó una “Belle Époque” extendida hasta la Primera Guerra Mundial, que generó un *boom* económico de casi cuarenta años y promovió el florecimiento

⁵ Para otros países en América Latina, este individualismo también se asocia a la falta de la idea rousseauna del “bien común” o debilidad del contrato social.

cultural del país. Las élites económicas —sobre todo en el campo— pronto aprendieron a explotar de manera óptima sus tierras fértiles y apostaron por una canasta de productos de exportación escasamente diversificada (lana, carne, cereales), que incluía cosas destinadas a las necesidades cotidianas y, por ende, garantizaba una demanda relativamente estable aun en épocas de crisis internacional. Por otro lado, las corrientes migratorias, apoyadas en la generosa legislación receptiva, se manifestaron con mucha mayor intensidad que en otros países de la región y significaron una gran influencia social de los recién llegados. El *boom* económico aseguró una movilidad colectiva ascendente, que permitió la temprana aparición de amplias capas medias y facilitó la integración general. Sin embargo, este proceso dificultó la formación de un sentido de identidad común y agudizó el ya marcado accionar autorreferencial de los sujetos (motivados por la búsqueda de una mayor libertad). Las relaciones (familiares) ideales, modeladas desde los países europeos de origen, siguieron siendo importantes puntos de referencia para los grupos dominantes y los posteriores inmigrantes. Argentina se vio más como un puesto de avanzada de Europa que como una nación propiamente dicha. Esta imagen interna definió la política migratoria, destinada a poblar el país e impulsada activamente por los sectores del poder desde finales de la década de 1870. Desde la formación del Estado y la nación, las experiencias colectivas con influencia europea favorecieron las opciones orientadas hacia afuera y obstaculizaron los intentos dirigidos a crear una identidad argentina, a desarrollar las instituciones políticas y a consolidar mecanismos para la solución de conflictos.

Si se aplican las categorías de Elias a esta figuración, surge el siguiente modelo explicativo: debido al flujo masivo de recursos y al origen migratorio de amplias capas de la población, Argentina no tuvo una integración social profunda. Las élites económicas y los sectores dominantes nunca se vieron obligados a luchar por un monopolio político central, ya que el volumen medio de ingresos garantizaba suficientes recursos (y poder) a todos los grupos

preponderantes. Bajo tales circunstancias, no parecía necesario contar con órganos fuertes y centralizados. Hubo que esperar hasta la fundación del Estado para que aparecieran la moneda propia, las leyes, las burocracias, el establecimiento de una capital y otras instituciones similares. La clara renuencia a pagar los impuestos, que se pone de manifiesto en los grupos dominantes y en otros sectores, refleja la escasa legitimación y capacidad de coacción del Estado. Hasta hoy en día se mantiene esta insuficiente disposición a pagar los impuestos tanto en Argentina como en toda la región (CEPAL, 2019b).

El control progresivo de los afectos no era ni necesario ni conducente para esta figuración. Por tanto, durante la historia, para imponer los propios intereses, los diversos actores y sobre todo las elites en Argentina no promovieron una participación activa en el Estado u otras instituciones de la esfera política, sino que lo hicieron a través de potenciales de conflictos sociales (y violencia). Esta podría ser una de las explicaciones de por qué los conflictos sociales en el país y también en América Latina han continuado siendo violentos hasta el día de hoy y por qué siempre ha habido períodos de regímenes autoritarios.

La concentración económica en las exportaciones, sobre todo de materia prima, nunca se abandonó en su lógica final debido a una redistribución de los ingresos por exportaciones, incluso durante períodos de orientación hacia el mercado interno. Eso redujo aún más la necesidad de la diferenciación social.

Por lo tanto, nunca se produjo esa mayor interdependencia social a la que hacía referencia Elias y que, desde una perspectiva europea, incluía primero una consolidación y luego una lenta democratización y despersonalización del poder, que finalmente desembocaba en el Estado occidental. Esto podría explicar por qué el populismo —últimamente reforzándose significativamente en los movimientos nacionales y de la derecha extrema como en Brasil— y la violencia siguen siendo hasta hoy importantes medios políticos en América Latina —y hasta cierto punto en Argentina—.

En este último la brutalidad llegó a su máxima expresión con la última dictadura militar, que mostró una singular dureza dentro del contexto regional y se cobró —según estimaciones— más de treinta mil víctimas. Elias considera que la interdependencia social guarda un estrecho vínculo con el control emocional; cuando se resquebraja el tejido, aumenta la probabilidad de que se utilice la violencia en la política.⁶

Con las categorías figuracionales de Elias, es posible precisar este análisis de Argentina y el estudio de la riqueza en América Latina: se puede indicar empíricamente que las cadenas de interdependencia de las elites económicas se caracterizan por una fuerte orientación hacia afuera: gran parte de sus ingresos y patrimonio se genera y aumenta a través de las exportaciones de materia prima y las actividades financieras en los mercados internacionales. La economía doméstica muchas veces solo juega un papel subordinado para ellos. Por ejemplo, según cálculos de la CEPAL (2011, pp. 110 y ss.) alrededor del 20 % de todos los empleados de la región generan casi el 70 % del producto interno bruto regional. Alrededor de

⁶ Sin embargo, el enfoque de la figuración también ofrece explicaciones concretas con respecto a la evolución política actual en los EE. UU. y en Europa: nos permite vincular los resultados de la investigación de Thomas Picketty sobre el dramático aumento de la desigualdad social en las naciones industrializadas con la idea de Zygmunt Bauman (2016) de que el nacionalismo y la referencia a la afinidad étnica constituyen un sustituto de los factores de integración en una sociedad en desintegración. En consecuencia, debido a la creciente desigualdad, la integración social en las sociedades occidentales está disminuyendo, y la importancia de los afectos vuelve a aumentar. Las primeras manifestaciones de ello son la movilización y el apoyo exitosos a discursos y comportamientos políticos que apelan fuertemente a las emociones y pasiones de la gente, y a través de ello tratan de revitalizar formas de formación de la identidad que a menudo pueden haber sido suprimidas o consideradas hasta ahora funcionalmente contraproducentes. Estos procesos más recientes son, de acuerdo con Elias, realmente alarmantes. Al fin y al cabo, cuando se basan en la exclusión y se movilizan contra minorías o personas más vulnerables, pueden desembocar posteriormente en violencia directa. Sin embargo, el planteamiento de Elias tampoco deja lugar a dudas sobre cómo hacer frente a esta amenaza: las dimensiones de la integración y la diferenciación tienen que reforzarse políticamente de forma significativa. Esto solo es posible mediante una participación más amplia, que tendría que ser funcionalmente legítima y descansar en atribuciones positivas en términos de identidad y no de exclusión.

la mitad de todos los trabajadores latinoamericanos, por otro lado, están empleados en el sector informal, que no genera ni siquiera el 11 % del PIB. Para decirlo de manera drástica: las élites económicas pueden prescindir de la mitad de todos los trabajadores para reproducir sus economías, sus patrimonios y su bienestar.⁷

De tal modo, las élites económicas rechazan la integración social, evitan el pago de impuestos y prefieren depositar su dinero en el extranjero. Desde allí también se forman los patrones de consumo y el estilo de vida, como lo señaló Gino Germani (1962) para Argentina ya en la década de mil novecientos sesenta. La alta tasa de empleo informal (que representa una de las principales causas de la desigualdad social) hace suponer que la diferenciación social de las estructuras internas tiene escasa importancia funcional para las élites económicas. Evidentemente los contactos internacionales proporcionan suficientes ofertas compensatorias, no solo en la esfera económica, también en la de la educación o cultura. Por tanto, la vida cotidiana de la élite muchas veces está orientada hacia el exterior. Esto también reduce la posibilidad de atraer las élites a vías alternativas de desarrollo o a inversiones locales; incluso si estas ofrecen funcionalmente numerosas ventajas, por ejemplo, a través del desarrollo de la economía interna.

Recurriendo una vez más al punto de vista de Elias, cabe sostener que la orientación externa de Argentina —y quizás de toda América Latina, aunque con diferentes características— generó interdependencias relativamente débiles y limitó (hasta la actualidad) las posibilidades de alcanzar la cohesión social.

⁷ Esta constelación socioeconómica específica está bien definida por el concepto de “heterogeneidad estructural”. Junto con la integración del mercado mundial y las estructuras productivas (particularmente las exportaciones de *commodities*), analiza las diferencias intersectoriales en productividad, los ingresos y los mercados laborales segmentados y los patrones de consumo estratificados basados en esto. Los enfoques más recientes complementan estos componentes con las grandes desigualdades en curso y también culturalmente aseguradas en riqueza, ingresos, oportunidades y derechos en la región como una consecuencia perpetua de esta constelación (CEPAL, 2018).

En este caso, el enfoque figuracional demuestra que la orientación externa de la región no puede atribuirse solo a los estímulos o coacciones estructurales; también se apoya en conductas de tipo afectivo, a través de las cuales los sectores dominantes y elites económicas reafirman su visión y obtienen finalmente la legitimación en toda la sociedad. Por ejemplo, del mismo modo, a la hora de analizar los problemas y las deficiencias en la economía o la democracia, importantes círculos intelectuales y amplios grupos de la población aún hoy siguen asignando una responsabilidad primaria a los factores externos como el dominio o imperialismo de Estados Unidos o el mercado internacional. La realidad de que la concentración excesiva de la riqueza frena o bloquea un desarrollo más integral, daña a la democracia y requiere debates y medidas a favor de una distribución más equilibrada, no es un tema muy presente en las agendas políticas de la región. Tampoco los gobiernos progresistas de los dos últimos decenios han logrado establecer un sistema fiscal progresivo ni en uno de los países de la región (Fehling y Burchardt, 2023).⁸

Dicho en otras palabras, lo que genera la desigualdad y la concentración de la riqueza y garantiza su legitimación continua no son únicamente las limitaciones del mercado mundial y nacional o el poder hegemónico de los discursos y de sus representaciones políticos dominantes, sino también la permanente orientación externa de las elites locales y diferentes estratos sociales, que parece basarse más en aspectos tradicionales (y emocionales) que en cuestiones funcionales. Estas figuraciones limitan a las elites y otros grupos de desarrollar estrategias propias de desarrollo hacia

⁸ Esta orientación hacia el exterior explica en parte por qué las elites políticas en América Latina durante la última fase de auge económico (2003-2014), incluso en condiciones óptimas para reforma (mayorías parlamentarias, democracia consolidada, prosperidad económica, arcas estatales llenas, alto nivel de legitimidad política y social) no han logrado medidas importantes hacia la universalización de los servicios sociales, la regulación más fuerte del trabajo informal y una redistribución a través de la políticas fiscales que aseguren una mayor productividad económica y estabilidad política sostenida.

adentro que podrían convertirse en una base para más productividad, cohesión social y democratización profunda.

Esta interpretación se ve sustentada por la enorme capacidad de adaptación de la región, que de manera recurrente ha permitido aplicar de manera acrítica varios modelos internacionales —el desarrollismo, el neoliberalismo y recientemente el extractivismo⁹ como principal vehículo para el desarrollo—. América Latina se va convirtiendo cada vez más en el cementerio de las estrategias fallidas de desarrollo (Burchardt, 2017).

El enfoque de Norbert Elias abre una nueva perspectiva para el análisis de esta “paradoja latinoamericana”. Además, permite proponer una herramienta innovadora para un estudio de la riqueza y para un acercamiento empírico a la orientación externa de las élites económicas e incorpora allí el componente afectivo, más importante que nunca para comprender las democracias de América Latina en la actualidad. Para Elias, el proceso europeo presupone la formación del Estado y el desarrollo del capitalismo; ¿significa acaso que configuraciones como las latinoamericanas reflejan una organización social *no* capitalista o que es posible identificar otros modos dominantes? Habida cuenta de que el enfoque figuracional no se centra en el Estado, ni en el mercado, ni en los actores; la pregunta parece muy pertinente. Esto conduce, además, a otra perspectiva de cara al futuro: Cabe pensar que, si se siguen subestimando las valencias afectivas de las élites regionales, la próxima generación de estrategias económicas, reformas sociales o participación política que se están anunciando tampoco serán eficaz

⁹ El término extractivismo procede del latín *ex-tractum* (“lo que se extrae” o “se arrastra”) y designa la recuperación, explotación o extracción de materias primas y recursos naturales. Originalmente se utilizaba sobre todo en economía para describir modelos económicos y sectores (especialmente la minería) que dependen de la explotación de recursos naturales. Desde hace más de una década, el concepto de “extractivismo” se aplica en el debate latinoamericano sobre un modelo específico de desarrollo y regulación a través del cual los responsables políticos tratan cada vez más de recanalizar las rentas de la exportación de bienes primarios hacia el desarrollo social y la ampliación de la participación social. Véase también: www.extractivism.de

para eliminar los males arraigados en América Latina (Burchardt e Ickler, 2023). Además, este enfoque es un elemento central para entender las opciones y limitaciones que tienen las actuales democracias en la región.

Nuevos horizontes para estudiar la “paradoja latinoamericana”

El enfoque figuracional de Elias parece muy adecuado e inspirador para realizar análisis que consideren las lógicas propias de cada contexto y sociedad, como las de la “paradoja latinoamericana” y de los estudios de la riqueza en América Latina que todavía enfrentan muchos retos metodológicos.¹⁰ Elias se aparta del análisis eurocéntrico marcado por la teoría de la modernización, pero mantiene su particular atractivo, consistente en observar y comparar los fenómenos sociales de forma sistemática. Para ello, desarrolla una estructura metodológica que permite observar el conjunto sin perder de vista los detalles. Sin embargo, aunque el enfoque figuracional está preparado para comparar dinámicas sociales actuales, es necesario adaptar su concepto metodológico y sus categorías al estado del conocimiento contemporáneo.

¹⁰ A pesar de que este complejo de temas es cada vez más importante no solo para América Latina sino también en todo el mundo, solo hay unas pocas referencias a Elias en los estudios existentes sobre la riqueza, la desigualdad y la democracia. Gabriel y Mennell (2011, p. 18) explican esta ignorancia con respecto a la comunidad académica norteamericana citando un correo electrónico de Alan Sica de la siguiente manera: “The reason Americans don’t take to Elias is that he writes about European historical and cultural change and American sociologists don’t feel comfortable with that sort of thing, except for [Jack] Goldstone and that small lot; and because he is theoretically very adventurous and synthetic, and they don’t go for that; and because he trashed Parsons, who many of them liked back in the day; and because he could be mistaken for a closet Freudian, which they don’t like; and because he brings up really obnoxious qualities of humankind, which they particularly don’t like; and because he wrote a helluva lot of stuff, which takes a long time to read, they don’t have time; and because ‘figuration’ is a word that has a distinctly effete connotations in this country, and sounds like art history”.

Por cierto, resulta especialmente controvertida la hipótesis antropológica basada en el modelo explicativo y referida a una acción social originada en el temor arcaico del individuo frente al otro (la naturaleza, el hombre), que básicamente solo puede transformarse en seguridad a través de la dominación.¹¹ En los estudios de Elias sobre el proceso de la civilización, este motivo determinante de los actos ocupa la categoría central del autocontrol y genera varios problemas. Por un lado, se presupone que la difusión de las conductas afectivas tiene lugar fundamentalmente a través de las élites, aunque los análisis históricos han relativizado claramente este enfoque y los movimientos sociales siempre han jugado un papel importante en América Latina. Además, se podría indagar, por ejemplo, ¿en qué medida presentan una orientación externa las capas bajas / medias de la región y cuáles son las fuentes que alimentan esa visión a nivel transgeneracional?¹²

Parece entonces necesario integrar la dimensión emocional al análisis social y extenderla tanto a otras esferas como a otras pasiones. Para ello se puede acudir, en el primero de los casos, a estructuras socioeconómicas o recursos materiales. Como se señaló anteriormente: ¿Es posible hacer una lectura de las tasas de ahorro e inversión, la distribución de la riqueza o la (no) legitimidad de las políticas fiscales para obtener información sobre las relaciones afectivas que mantienen los individuos o los grupos respecto a su sociedad? ¿Qué reflejan las élites económicas, políticas o culturales que, como en América Latina, aparentemente siempre están dispuestas a aceptar los más altos niveles de desigualdad mundial

¹¹ Esta es una interpretación que sigue esencialmente la ley natural hobbesiana y la concepción del ser humano de Sigmund Freud. La investigación sensible al contexto, sin embargo, tendría que reconocer una gama más amplia de motivos para la acción con el fin de captar los aspectos relevantes del cambio social (Wickham y Evers, 2012).

¹² Otro punto interesante para el debate es la relación entre los procesos occidentales de desarrollo y el mayor control emocional, ya que las tendencias destructivas y los excesos de violencia manifestados en la sociedad europea durante el siglo XX no pueden ser interpretados como una mera regresión temporal. Tal vez esos fenómenos fueron posibles debido a la “civilización” (Bauman, 1989).

a pesar de la gran riqueza existente? ¿Qué opciones se presentan para el surgimiento de una política comprometida con la justicia social?

Adicionalmente, según lo planteado por Spinoza, el análisis afectivo podría priorizar el placer (como la simpatía) en lugar del temor.¹³ Por ejemplo, para explicar la cohesión social, Elias recurre básicamente a las categorías de integración y diferenciación. La pertenencia y la integridad a nivel colectivo no solo exigen renunciar a la violencia interna. Por lo tanto, es importante verificar con mayor precisión cuál es la influencia que ejercen las emociones en la organización social y los modelos políticos (paternalismo, populismo, etcétera) y cuál es la información que podría desprenderse para los futuros acontecimientos.

Asimismo, para descentralizar y contextualizar la teoría social, es fundamental tomar en serio la crítica actual al androcentrismo (Walby, 2009). Si se observa el caso argentino a través de la gran huelga de inquilinos de Buenos Aires de 1907, la presencia de Evita o la historia de las Madres de Plaza de Mayo durante la dictadura, queda claro que el desarrollo del país (y de la región) siempre contó y sigue contando con una fuerte participación de las mujeres. En la categoría de las valencias afectivas, es necesario realizar las consideraciones pertinentes en materia de género; en el ámbito de la integración, no solo se debe examinar el papel social funcional de las mujeres, sino que también hay que prestar especial atención a sus ideales y motivaciones; el tema de la diferenciación, por su parte, requiere investigar el cambio en las profesiones y posiciones

¹³ Al fin y al cabo, la cohesión de una sociedad requiere no solo la renuncia interna a la violencia, sino también la empatía y la solidaridad. A este respecto, parece útil una síntesis con la catalogación de los afectos de Spinoza: empezar con los afectos básicos del placer y el displacer, que entran en la conciencia como codicia y luego conducen a los efectos secundarios (de los cuales el odio y el amor son fundamentales). Esto permitiría un enfoque más amplio de la investigación. Por lo tanto, en la ontología de Spinoza, los afectos no solo tienen un efecto sobre el individuo, sino también sobre otras categorías relacionales, como la identidad, el poder y la política, mientras que a su vez están influenciados por ellos (Lord, 2010; Nadler, 2015).

masculinas y femeninas, a fin de comprender su adscripción social como modo específico de construcción de género. En este caso, dentro del marco regional, sería interesante analizar el aumento en la cantidad de mujeres que han accedido a representaciones políticas en los diferentes niveles de los sistemas democráticos.

Desde luego, las ideas expuestas solo constituyen una primera aproximación en torno al enfoque figuracional, para determinar en qué dirección puede aplicarse, desarrollarse y utilizarse dentro del estudio de la democracia y las desigualdades en América Latina —y otras partes del mundo—. Todo indica que este proceder también se ajusta al sentido otorgado por Elias, que presenta la figuración como una “herramienta” conceptual. El enfoque figuracional permite descentralizar el análisis social occidental sin perder de vista las particularidades de cada caso.

Con su aporte y su mayor sensibilidad en relación con el contexto, América Latina podría aprender más sobre sí misma, su democracia y sus riquezas; y tal vez podría hacer los cambios necesarios en el futuro.

Bibliografía

Acevedo, Viviane, y Boullon, Cesar P. (2010). Intergenerational Social Mobility in Latin America: A Review of Existing Evidence. *Revista de Análisis Económico*, 25 (2), 7-42.

Atria, Jorge; Groll, Constantin, y Valdés, Maria Fernanda. (2018). *Rethinking Taxation in Latin America. Reform and Challenges in Times of Uncertainty*. London: Palgrave.

Bauman, Zygmunt. (2016). *Strangers at Our Door*. New York: John Wiley & Sons

Bauman, Zygmunt. (1989). *Modernity and the Holocaust*, Ithaca, New York: Cornell University Press.

Burchardt, Hans-Jürgen. (2017). La crisis actual de América Latina: causas y soluciones. *Nueva Sociedad*, 267:114-128. <https://nuso.org/articulo/la-crisis-actual-de-america-latina-causas-y-soluciones/>

Burchardt, Hans-Jürgen. (2010). The Latin American Paradox: Convergence of Political Participation and Social Exclusion. *Internationale Politik und Gesellschaft*, 3, 40-51. https://library.fes.de/pdf-files/ipg/ipg-2010-3/2010-3__burchardt_us.pdf

Burchardt, Hans-Jürgen, e Ickler, Jan. (2023). Riqueza, elites, impuestos. Viejos desafíos para un nuevo “giro a la izquierda”. *Nueva Sociedad*, (303), 78-87. <https://nuso.org/articulo/303-riqueza-elites-impuestos/>

Burchardt, Hans-Jürgen, y Leinius, Johanna (eds.). (2022). *(Post-)colonial Archipelagos: Comparing the Legacies of Spanish Colonialism in Cuba, Puerto Rico, and the Philippines*. Michigan: The University of Michigan Press. <https://www.fulcrum.org/concern/monographs/dr26z0675>

CEPAL. (2022). *Los impactos sociodemográficos de la pandemia de COVID-19 en América Latina y el Caribe* (LC/CRPD.4/3). Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

CEPAL. (12 de mayo de 2020). El desafío social en tiempos del COVID-19. *COVID-19 Informe Especial*, (3). Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

CEPAL (2019a). *Panorama Social de América Latina, 2019*. Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

CEPAL (2019b). *Fiscal Panorama of Latin America and the Caribbean*. Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

CEPAL. (2018). *La ineficiencia de la desigualdad*. Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

CEPAL. (2011). *Panorama Social de América Latina 2011*. Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

Clark, Colin. (1940). *The Conditions of Economic Progress*. London: Macmillan and Co.

Elias, Norbert. (2012 [1970]). *What is Sociology?* University College Dublin Press.

Elias, Norbert. (1994 [1939]). *The Civilising Process. Sociogenetic and Psychogenetic Investigations*. Reino Unido: Blackwell

Gabriel, Norman/ Mennell, Stephen, eds. (2011). *Norbert Elias and Figurational Research: Processual Thinking in Sociology*. Reino Unido: Wiley / Blackwell

Escobar, Arturo. (1995). *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.

Fehling, Philip, y Burchardt, Hans-Jürgen (eds). (2023). *Taxation and Inequality in Latin America: New Perspectives on Political Economy and Tax Regimes*, London / New York: Routledge.

Flam, Helena, y Kleres Jochen. (2015). *Methods of Exploring Emotions*, London / New York: Routledge.

Flores-Macías, Gustavo. (2019). *The Political Economy of Taxation in Latin America*. Cambridge / New York: Cambridge University Press.

Germani, Gino. (1962). *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Goudsblom, Johan. (2023). Christian Religion and the European Civilising Process: The Views of Norbert Elias and Max Weber Compared in the Context of the Augustinian and Lucretian Traditions. *Irish Journal of Sociology*, 12 (1), 24-38.

Hirschman, Albert Otto. (1977). *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before Its Triumph*. Princeton: Princeton University Press.

Leinius, Johanna. (2022). The Paradoxes of (Post-)Colonial Archipelagos. A Proposal for Postcolonizing Comparative Research. En Hans-Jürgen Burchardt y Johanna Leinius (eds.), *(Post-)Colonial Archipelagos. Comparing the Legacies of Spanish Colonialism In Cuba, Puerto Rico, and The Philippines* (pp. 20-46). Ann Arbor: University of Michigan Press.

Lindert, Peter H. (2004). *Growing Public. Social Spending and Economic Growth since the Eighteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lord, Beth. (2010). *Spinoza's Ethics: An Edinburgh Philosophical Guide*. Edinburgh: Edinburgh University Press.

Marshall, Thomas H. (1977). *Class, Citizenship and Social Development*. Chicago: University of Chicago Press.

Mignolo, Walter D. (2011). *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options*. Durham / London: Duke University Press.

Nadler, Steven. (2015). On Spinoza's “Free Man”. *Journal of the American Philosophical Association*, 1 (1), 103-120.

Sábato, Jorge. (1988). *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y características*. Buenos Aires: Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración [CISEA].

Santos, Boaventura de Sousa. (2010). From the Postmodern to the Postcolonial—And Beyond Both. En Encarnación Gutiérrez Rodríguez, Manuela Boatca y Sérgio Costa (eds.), *Decolonizing European Sociology: Transdisciplinary Approaches* (225-242). London / New York: Routledge.

Taylor, Peter. (1999). *Modernities A Geohistorical Interpretation*. Cambridge: Polity Press.

Walby, Sylvia. (2009). *Globalization and Inequalities: Complexity and Contested Modernities*. Reino Unido: Sage.

Weber, Max. (2013). Weber, Max. *Economy and Society [1922]*. California: University of California Press

Wickham, Gary, y Barbara Evers. (2012). Elias in the Footsteps of Hobbes? *Human Figurations: Long-term Perspectives on the Human Condition*, 1 (1), 2-11.